

Domingo Decimoquinto del Tiempo Ordinario 10 de Julio de 2011

“Salió el sembrador a sembrar”

Durante tres domingos leeremos el capítulo 13 de san Mateo, dedicado a las parábolas del Reino. Jesús nos habla del reinado salvador de Dios, y lo hace de manera sencilla para ser comprendido por todos. Es verdad que a veces tan solo algunos comprenden la parábola, no porque Jesús lo haga ex- profeso para no ser comprendido, ni que las parábolas en sí mismas no se entiendan. Lo que sucede es que tratan de los aspectos más importantes, más íntimos, más decisivos para la vida del hombre y esto siempre cuesta entender porque somos superficiales, nos cerramos a lo más importante, a lo que nos interpela y exige, ahogando el sentido más íntimo de nuestra vida.

En la parábola del sembrador tiene su importancia los diferentes terrenos en donde cae la semilla y la acogida que se le da. Pero lo principal es la semilla que llega a todos, porque el amor de Dios y su plan salvador son para todos sin favoritismos. La semilla es la Palabra de Dios, es Jesús, es el Evangelio, que es criterio, luz y guía porque es manifestación y revelación del mismo Dios. Siembra en cada uno de nosotros, y esa semilla es todo lo que hay de Dios en nuestra vida: la palabra de un amigo, el gesto entrañable de quien nos quiere, el ejemplo de tantos hermanos, todo lo que hay de bueno, de justo, de amor, de verdad... Un todo que se ha manifestado máximamente en la vida y acción de Jesús. El Evangelio no es una moral, ni una política, ni siquiera una religión con mayor o menor porvenir. Es la fuerza salvadora de Dios sembrada por Jesús en el corazón del mundo y en la vida de los hombres.

La semilla que llega a todos tiene vitalidad para dar fruto. La cuestión está en la acogida que le damos, la radical incondicionalidad con que nos abrimos a la semilla. La semilla hará su trabajo; el nuestro es sobre todo el dejar que esta semilla entre en lo más profundo, en lo más hondo de nuestra vida. Y esto que parece tan sencillo es lo que más cuesta. Dejamos, unas veces, la semilla en la superficie de nuestra vida; o no le damos su valor como si fuera un aspecto más de nuestra vida, junto a tantos otros que nos preocupan más; o aunque algo en nosotros nos diga que es lo más importante, queda ahogada porque no somos suficientemente valientes, suficientemente sinceros, para arrancar de nosotros aquello que ahogará la semilla. Solo acogiendo sinceramente esta semilla, el Reino de Dios crecerá en nosotros y en la humanidad.

La parábola del sembrador es una invitación a la esperanza. La siembra del Evangelio tiene una fuerza incontenible. A lo largo de la historia ha dado y seguirá dando su fruto, a pesar de todos los obstáculos, y aun con resultados muy diversos,

la siembra termina en cosecha fecunda que hace olvidar otros fracasos y es superior a toda dificultad. La energía transformadora del Evangelio, que es la fuerza del amor incondicional de Dios, está trabajando a la humanidad. La sed de justicia, de verdad y de amor que tanto nos acucia seguirá creciendo, por eso la siembra de Jesús no terminará en fracaso, "dará su fruto y producirá ciento o ochenta o treinta por uno", pero producirá.

Lo que se nos pide es acoger la semilla. Darnos cuenta qué terreno somos, y dar la vuelta a nuestra vida como dura y difícil tierra que es preciso remover con ilusión y esperanza para que reciba y haga fructificar la siembra de Dios.

No faltarán obstáculos a la siembra de Dios, pero la fuerza de Dios dará su fruto. Sería, por tanto, absurdo dejar de sembrar. No hay que olvidar esto en la vida de cada uno y en la tarea evangelizadora de la Iglesia.

Joaquin Obando Carvajal